

Educación pública y vida.

Por una transformación des-esperada.

Por: **Jorge Alonso Cotera Guerra**¹.
Montelíbano – 24 de agosto de 2021.

Después de leer la publicación de la revista Educación y Cultura de Fecode², que trata en varios de sus artículos el tema sobre la relación de las políticas educativas del MEN y la pandemia; desestimo un poco los primeros artículos que giran en torno a lo mismo, lo que ya sabemos y que tanto se dice en las reuniones del sindicato: la precariedad del sistema educativo público. En cambio, resalto el penúltimo artículo: "La alternancia una parodia más que invisibilidad la problemática educativa: negación del derecho a la educación".

La relevancia que le doy a este artículo es porque lo encuentro más pertinente con la línea de defensa de la educación pública con la que me identifico, aquella centrada en una lucha que se libra al interior de este "monstruo" al que llamamos escuela; una y quizá la más importante de las variables al interior de este, si se puede llamar, sistema y no aparato educativo: los procesos de formación de los estudiantes.

Sostengo que fuera de la cuarentena (estado de excepción, decreto 417 de 2020), el retorno gradual es la máxima oportunidad para criticar y transformar esta institución moderna y por tanto obsoleta, y tratar de hacerla más flexible y acorde a las demandas de un planeta y un mundo inestable y cambiante.

Encuentro algo contradictorias algunas posturas de varios dirigentes sindicales y maestros cristianos, quienes, por un lado, apoyándose en las versiones apocalípticas de la biblia o en los informes de las naciones unidas sobre el cambio climático auguran un duro porvenir; y por otro lado mantienen casi que una completa renuencia a retornar a las aulas bajo estas condiciones adversas. Apocalípticas o no, según lo que muestran las variables ambientales la cosa no parece mejorar, y por tanto esperar mejores condiciones para retornar puede ser una espera sin fin. Los virus, las bacterias, los hongos, las inundaciones, el calentamiento, entre otros, parecen cosas con las que debemos aprender a convivir de aquí en adelante.

En otras palabras, si de varias formas resulta claro que el porvenir no será jamás como el tiempo que vivimos en el pasado, entonces esperar a tener las condiciones necesarias para el retorno podría ser un cheque sin fondos, es decir, una renuncia total a volver. En parte, porque el tan cacareado mal estado del sistema educativo, del que también somos responsables (recuerden que los docentes somos co-administradores del sistema educativo), no mejorará tan pronto; y por otro lado, porque en gran medida las condiciones ambientales y sociales del mundo en que viviremos no volverán a ser, al menos por un buen tiempo, las ideales.

Un poco en consonancia con lo planteado por Judith Butler en el *Festival Aleph 2020. What Makes for a Livable Life* (<https://n9.cl/03pqa>), "salvar la vida" no puede ser solo sobrevivir individualmente a una vida invivible (en cuarentena), salvar la vida debe ser ante todo sobrevivir en un mundo habitable y para una vida vivible. Por eso declarar una escuela en cuarentena permanente no sería la mejor forma de defender el derecho a la vida y el derecho a la educación, sino por el contrario, sería más bien el descalabro hacia una vida invivible, y la justificación para la formulación de escuelas alternativas de corte más neoliberal y neoconservador (la escuela privada y privatizadora).

En contraste, una (otra) forma de defender la educación pública es plantear un retorno progresivo e inmediato a las aulas, a las normadas y a las de mierda y papel, para hacer sentir la necesidad del maestro público, y para hacer sentir la necesidad de una nueva escuela, que transforme en la práctica los cronogramas, los horarios, los contenidos y los procesos; que ajuste los planes de estudio a lo que ahora necesitamos enseñar: A leer y escribir mejor, para estar en condiciones de hacer una mejor lectura de los textos y del mundo, para fomentar un aprendizaje autodirigido (metacognitivo), para manejar eficientemente las nuevas tecnologías de la comunicación, que nos faciliten la asistencia a largas distancias, en sentido más general y comentando un poco a Edgar Morin³, *enseñar la condición humana, la identidad terrenal y la comprensión, en tiempos de incertidumbre*.

Ya lo había señalado en un texto anterior, mientras la discusión se fijaba en si volvíamos o no, era más recomendable preguntarnos por ¿A qué volvíamos? Ahora cuando el debate se concentra en si permanecemos o no, sigo contándome entre los que estamos interesados en responder ¿A qué volvimos? y ¿Cómo vamos a hacer para permanecer?

De ahí que, en consideración a las evidentes condiciones del retorno, más preocupadas por el ¿cuánto? y por el ¿qué? que por el ¿cómo?, considere que nos estamos equivocando, pues estas últimas preguntas parecen relegadas al final de los textos o faltantes en la mayor parte de las discusiones y exposiciones, como al parecer sucedió con la versión mencionada de la revista del magisterio.

Tal transformación de la escuela como una defensa doble, del derecho a la vida y a la educación pública, es ahora un claro mandato que nos da la historia, es perentorio y premonitorio, pues no podemos pasarnos la vida de asombro en asombro, y argumentando que tales sacudidas como la de Covid 19, nos tomó por sorpresa; con un planeta y un mundo como el actual, ese argumento pronto será más que ridículo.

¹ Licenciado en educación básica y magister en educación, U. de Antioquia.

² Edición 141, abril, 2021.

³ Los siete saber necesarios para la educación del futuro. Editorial. Magisterio. 1999.